

Quilque, El Petero, Mayo 10 de 1952.

Querida  
flora Gaing de Bohemia.  
Santiago.

Querida amiga Flinta:

Es usted la única persona a quien le he escrito, puedo decir así, porque supongo que esta carta no se quedará a un día. Ya le recordado mucho y desde aquí veo las luces de simpatía de sus ojos, que sugieren cosas amables y ~~amables~~ ~~amables~~ que los labios no quieren pronunciarse. Recuerdo abas sus palabras tan femininas: y después del momento, apresarse de cosas tan apadables... No curioso, me se acostumbra al título de ciertos poemas, cuyo espíritu me penetra como un fluido, o tal vez como una esencia que se me queda en lo sensible. En lo profundo de alguna rima del alma, si es que eso es muy curioso.

Hay he trabajado mucho y desde un ventana, miro los árboles que se mecen suavemente bajo el cielo gris. Un día nublado y gris en la distancia. A ratos los pájaros cantan y la melodía de sus trinos se queda como una nota triste en el aire. En la calle el viento del otoño bate los tejados que producen un ruido, que es como una orquídea desparadada.

Ayerche lei' hasta muy tarde. En el silen-  
cio del campo se oyen los ladidos de los perros co-  
mos en los cuentos de misterio. Después cantaron  
los gallos y la luna, esta luna de mayo, tiene  
una claridad inusual que casi da febre, cuando a-  
paga la luz. Vuelvo a prenderla y sigo leyendo.  
Me duelen trémulamente los ojos. El autor es un  
mozo muy joven; se unió a los 3 años. Jay-  
cribe el ambiente de aguas, de fiordos, de rocas en-  
zadas, de lluvias sin término. Allí vive Bárbara una  
mujer que no sabe amar. O acaso sabe demasia-  
do. Porque quiere en una pasión volcánica, a  
uno y a dos y a otros... I hay siempre un hombre  
que ama sin que su ilusión se derrumbe jamás. Es  
As es lo tremendo. Lo espantoso. Un día a ella  
le pagan con igual moneda sus deseos.

He cenado el libro en la última página.  
Como un viento que tiembla en el viento, la luz  
de la luna llena el rectángulo de la ventana. No  
se acuerda me quedé dormido. I sueño que voy  
en una de esas barcas cuya proa enfila hacia  
un ventisquero, que la luz del sol acuchilla con  
sus agujas de oro. Van por unas aguas claras y pro-  
fundas. Bárbara va sentada en la proa y me mi-  
ra con los ojos muy abiertos, un poco húmedos, ri-  
sueños, desdentados. Ojos de mujer.  
Leila un recuerdo apretado sus dedos

Recuerdo un día de mi infancia en que leí un almanaque, que tenía un grabado del otoño. Yo experimentaba un suave dolor de algo que no conocía... Eso era el amor, de cuyas traiciones y dolores yo no tenía idea. Tal vez como un niño que se olvidó que lo amaba como hombre, o como otra vez con algo que no se precisaba, siempre es hermoso sentir con algo. Quiérase si dejarse llevar como esas hojas en este día de melancolía.

Te escribo muchas páginas de recuerdos. También te he llamado de usted mi querida hija. Y de pronto me coge un gran desdientado. ¿Para que escribir tanto? ¿Que objeto tiene acumular libros cuyas páginas quedaban cerradas sin que haya una mano con suficiente amor y curiosidad para recordar?

Cuando el tiempo pasa y el canto de los pájaros se nos queda como un latido de pesadumbre muy adentro, uno se queda pensando en que tal vez es mejor marcharse, antes de que una gran soledad nos encierre entre sus altas mallas de silencio. Se me ocurre que hay una época en la vida del ser humano, en la cual nadie quiere darle nada, y que es como regar una planta que ya está próxima a secarse.